

Difícil

Qué difícil es arrancar con una carilla en blanco. Casi tanto como arrancar con una escuela en blanco, con todo por hacer, con todo por escribir, con todo por enseñar y aprender.

Fui uno de los que primerearon la escuela y ahora, a cinco lustros, con testa más pelada que plateada, reconozco que, acaso sin saberlo, la escuela daba un paso más que importante. Porque en ella se acogieron unos alumnos que venían del Norte, de los Estados de Unidos de América, y a un puñadito de los entonces docentes nos tocó darles castellano o español, como más les guste. (Yo pasé de “castellano” a “español”, tal vez por influencia de la Universidad; pero ahora, como aquel “Castellano viejo”, que describe con tanta gracia Mariano José de Larra, me he vuelto otra vez a agarrar de “castellano” para nombrar mi lengua materna, nuestra lengua materna. ¿Será la vejez?)

Porque nuestra lengua, que no posee pocos descabros para los aprendices, es una de las pocas que tiene dos nombres, que defienden y atacan desde las dos riberas del magno Atlántico.

Pero junto con el nombre viene el sentimiento. En verdad, nunca andan separados. Y veo que la escuela fue pionera en enseñar nuestra lengua, de la que día a día me enamoro más. Allí venían nuestros ilusionados “americanos”, provenientes del sajón, promovidos desde Chicago e ignorantes no sólo de la lengua, del mate y de las comidas domingueras, que empezaron a amar. Ignoraban que en la Argentina –en La Plata– suele hacer un frío de aquellos (“aquellos” no se refiere aquí a los fríos norteamericanos; es tan sólo una expresión hecha). Y así las jóvenes aparecían con unos shorcitos (¿a ver cómo corrigen las colegas de inglés?) y las piernas azuladas de frío. A toda velocidad, pedir a USA refuerzo de ropas y retirar las angustiadas encomiendas. Por supuesto, creían que Argentina era el Caribe y La Plata, una tierra tórrida y soleada.

Con todo se adaptaban, unos más, otros menos, como siempre. Como todo grupo humano extranjero; como nosotros mismos, cuando sabemos de las comunidades argentinas en algún país extranjero, tendían al ghetto. Eso no era lo mejor, porque se perdían la oportunidad de practicar la lengua que querían aprender.

Hubo uno que hizo de oveja negra: se corrió del grupo nativo y andaba por la Facultad, con el termo y el mate bajo el brazo y mezclándose con los nuestros. ¡Bien por la oveja!

Algunos tenían respuestas admirables: “Yo quererrr estudiarr español porque voy a ser una dentista en el sur y mí necesito entenderr a mis pacientes”. Hubo desilusiones: “Yo aprendí en los Estados Unidos la forma de ‘tú’. Y ahora, ¿cómo la cambio por el ‘vos’, ¿para qué me sirve?”

“¿Pero no te explicaron que en la Argentina no hablamos como los españoles de España?”

No, no se lo habían explicado: las largaron con los shorcitos, así nomás.

Y entre tantas perlas, qué difícil es el castellano. ¿Cómo meterles en la mollera a los norteamericanos ser y estar? *To be or not to be, that is the question.* Por no hablar del

subjuntivo, que creen no tener en inglés (¡sí que lo tienen!, ¿cómo no? Lo que pasa es que no se nota...) Y el verbo “gustar”, que se usa al revés que “like”. Y tantos recuerdos, con asaditos en mi casa a modo de despedida y algunas nostalgias que produjeron fugaces regresos...

Pero como todo se termina, una imprudencia bien argentina hizo caer el programa, que era bien de La Plata y bien de la escuela y la insaciable Buenos Aires se fagocitó todo.

Así que, Miguel, hay que cambiar de lengua.

Cuando ya no me cocía en el primer hervor tuve que empezar a dar clases de inglés, lo que nunca había hecho. Rondé por algunos cursos, pero los que se hicieron estables fueron los Adultos 6. Las anécdotas serían inagotables, pero rescato, por su absoluta verosimilitud, dos, que formaban parte de las actividades de producción de parte de los alumnos, o sea, cuando debían hacer exposiciones orales. Aprendí mucho de ellos.

Una chica, que investigaba en la Universidad pero no recuerdo en qué Facultad, disertó sobre las bondades de la chia. Vi que la cosa “hachía ruido” y despertaba interés. La incorporé a mi régimen (a la chia, no a la chica) pero al final terminé *haschiado* de ella, *sachiado* de ella; la chía me *henchía*; hasta que *chiao*: y volví al guiso carrero y a las milanesas de siempre.

Otra vez una alumna se dedicó a historiar personas que nunca se habían cortado las uñas y lo hizo por medio del *power point*, o del *you tube*, creo. Los dos artefactos, en verdad, eran *to the point*: es que las uñas podían empezar más o menos tubulares (de ahí el *you, tube!*) pero acababan invariablemente puntiagudas (de ahí el *point*). Eran figuras repugnantes, con uñas retorcidas sobre sí mismas de dos o más metros de largo.

Pero sucedió lo imprevisto: las uñas de una de las figuras exhibidas siguieron su crecimiento, desbordaron la pantalla del televisor, descendieron al piso como los jardines colgantes de Babilonia, reptaron hasta los pies de quienes formábamos el auditorio (en el cual me encontraba yo mismo) y comenzaron a treparse por nuestros cuerpos, sucias y coriáceas. La más atacada fue la chica de la chía, a quien le llegaron las uñas al propio cuello: “¡Ay, ay, me acuchiya!”, *chiyaba*.

En ese momento cobré conciencia de que como profesor debía proteger la salud de todos y arranqué de un tirón la ficha del TV, lo cual produjo un cortocircuito en la escuela que llegó hasta los vecinos y ruidosos Tribunales de la Avda. 13. Como las bombas de estruendo con la que protestan los empleados judiciales, (¿quién no lo sabe?), se nutren de energía eléctrica, se produjo un silencio angelical, lo que facilitó el dictado de clases por toda esa mañana.

Y si no me creen, ¿qué importa? Para enseñar, ¿no hace falta la imaginación?

“O brave new World, that has such people in ‘t”, como dice Miranda en *La tempestad*. Qué estupendos alumnos (y usaré el plural integrador de los dos sexos, como aconseja la norma académica) los de adultos 6; y qué estupendas e inolvidables personas, colegas de inglés, francés, italiano, portugués, alemán.

Y qué moño en la garganta, los primeros tiempos, cuando me fui: cuánto extrañaba a la escuela.

Y a veces, como el tango, “perdoná si al evocarte se me pianta un lagrimón”.

Miguel Montezanti